

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

10



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1969

con las doctrinas del otro, han aprendido el uno del otro. Y nosotros podemos acercarnos a un gran pensador del pasado, sin compartir una sola de sus aseveraciones, pero no sin revivir en nosotros su pasión de buscador inextinguible.

Justo la metafísica, acusada de ser el lugar de las disputas vacías y de la incompreensión, nos da en vez el ejemplo más noble y conspicuo de una *biografía en común*, perseguida a lo largo de milenios por los espíritus más nobles de la humanidad.

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD EN LA ÉTICA

DR. ISMAEL DIEGO PÉREZ

El hombre tiene libre albedrío para elegir su vida moral; El cristianismo

La Ética cristiana se fundamenta en gran parte en la Ética de Aristóteles. La mente y la conciencia del hombre son páginas en blanco donde el hombre ha de escribir su historia moral, dentro de la libertad de elección de medios y fines. De esta forma se justifica el premio a la sanción.

La división más profunda de la Historia del pensamiento la señala el cristianismo; es una idea nueva que vuelve a dar sentido a la existencia del hombre y del mundo. El cristianismo está basado en el hebraísmo y comienza con la palabra del Génesis, que es el primer libro bíblico: en un principio Dios creó el cielo, la tierra y todos los seres que pueblan el universo.

La división se produce sobre todo con la filosofía griega. El problema de los filósofos griegos fue el movimiento; todo lo que existe es problemático, porque se mueve, porque llega a ser y deja de ser; un hombre lo vemos hoy y mañana puede morir y no lo vemos; lo opuesto al ser de las cosas es el no ser, el vacío; el no ser lo que se es.

El cristianismo presenta una imagen opuesta, porque comienza de la nada.

De la nada Dios lo hizo, se dice en la Biblia. El filósofo griego no comprende el mundo que siempre está cambiando. El cristianismo asegura que el ser nace de la nada y el ser de las cosas es un no ser, una nada.

El filósofo griego estudia el movimiento que se encuentra en los seres de la naturaleza y estudia el ser que se elabora en el pensamiento puro del hombre. Esta teoría arranca de los filósofos Heráclito y Parménides.

Para Heráclito todo cambia siempre. Si un hombre se baña en un río dos veces, no se baña en el mismo río, puesto que las moléculas del agua han cambiado.

Para Parménides, el ser puro del pensamiento ha sido siempre y será siempre.

Estos dos principios son los de toda ciencia y toda filosofía.

El cristianismo dice que el término ser tiene dos significados distintos: el ser de Dios y el ser del mundo. Interpretar el ser del mundo desde Dios es la creación. De una parte el verdadero Ser o el Creador. Y de otra parte, el ser creado, la criatura creada por Dios.

Esta idea cristiana justifica una Ética basada en el cristianismo, donde el hombre puede alcanzar la perfección moral e intelectual, para acercarse a Dios o semejarse a Dios, que es la perfección ideal.

San Agustín es una de las figuras más interesantes de su tiempo, del cristianismo y de la filosofía, dejando una huella profunda en todo lo que intervino: la filosofía y teología medievales, la doctrina cristiana en general y la creación de la filosofía del espíritu y de la filosofía de la Historia.

Los antecedentes filosóficos de la Ética cristiana se fundamentan especialmente en San Agustín. San Agustín es además un filósofo actual.

El Renacimiento está influido por San Agustín en el filósofo Renato Descartes, que parece repetir las mismas palabras y los mismos argumentos de este filósofo cristiano. Igualmente la Reforma religiosa de Martín Lutero en el siglo XVI, que era un fraile agustino. Y la Contrarreforma religiosa, reunida en la ciudad de Trento, repite los argumentos de San Agustín para combatir a Lutero.

San Agustín es africano y por tanto de temperamento ardiente y apasionado: el norte de África está en su tiempo romanizado y cristianizado, pero al mismo tiempo se propagan allí distintas doctrinas religiosas. San Agustín tiene dos influencias en su vida: de una parte, su padre llamado Patricio, que es hombre violento y de religión pagana. Y de otra parte, su madre Santa Mónica, que es una mujer dulce y de hondas virtudes cristianas.

Lee el Evangelio cristiano y le parece una lectura para niños sin ninguna importancia. Busca la verdad en la religión maniquea, que fue fundada por Manes, un profeta persa, que fue decapitado y que seguía la doctrina de Zoroastro, o la religión de los magos, quienes creen en dos principios inconciliables del bien y del mal. Como el mal consiste en tener cuerpo físico, cuando el hombre muere lo llevan a la cumbre de una montaña, donde es devorado por los buitres y de esta forma queda el alma libre del principio del mal.

San Agustín acepta el cristianismo, estando una noche en un jardín de Milán; oye una voz de niño que le dice: Tolle, lege. Y recibe un libro que es el Evangelio cristiano, lee un versículo de la Epístola a los romanos, que

hace referencia de la vida de Cristo; se siente lleno de luz y desde ese momento ya es cristiano.

La Filosofía griega penetra en el cristianismo por San Agustín, quien la adapta a las necesidades de la Filosofía cristiana y es además el primer contacto del helenismo y del cristianismo.

La Filosofía de San Agustín tiene un contenido fundamental en los Soliloquios. San Agustín afirma que quiere saber de Dios y del alma. Son los dos temas de la Filosofía agustiniana. El centro de la especulación será Dios y de ahí su sentido teológico: el hombre que se encuentra dentro de su alma es un alma de confesión. San Agustín nos lega así la primera Filosofía del espíritu. Y la relación de este espíritu, que vive en el mundo, en contacto con Dios, le llevará a escribir un libro llamado *La ciudad de Dios* y con este libro la fundación de la primera Filosofía de la Historia.

El problema filosófico agustiniano se centra en Dios, en el alma humana y en el mundo.

El conocimiento de Dios no se logra por medio de la inteligencia, sino por el amor y caridad. ¿Qué significa el amor y la caridad para el cristiano?

Tiene el significado de sentir o padecer con otro, porque el otro padece o siente y es el máximo principio cristiano, porque está fundado en el amor, que es el signo central de la predicación de Cristo.

El conocimiento de Dios no se da sino por amor. Por eso dice San Agustín que no se penetra en la verdad, sino por la caridad. La raíz de su pensamiento está movida por la religión y es la religión la que pone en movimiento su filosofía. La Ética cristiana lógicamente se ha de fundar en la perfección moral y espiritual que proporciona la enseñanza de la palabra de Cristo, la Filosofía de los místicos y de los filósofos del cristianismo, dentro de la libertad de pensamiento y de acción.

La creencia es para San Agustín la que hace posible el entendimiento de Dios, "credo ut intelligam". Esta idea repercute en toda la mística cristiana, sobre todo en San Anselmo y en Santo Tomás de Aquino y promueve el problema de relación entre la fe y la ciencia o entre la religión y la teología.

San Agustín cambia el pensamiento de Platón, partiendo de él. En Platón, el punto de partida son las cosas exteriores, y en cambio, para San Agustín, el punto de partida es el alma del hombre, entendida como realidad íntima o lo que llama el hombre interior. La dialéctica agustiniana busca a Dios en la confesión de sí mismo y San Agustín cuenta su vida. Su autobiografía da la clave de su pensamiento.

El alma se eleva de los cuerpos a ella misma, luego se eleva a la razón y por último a la luz que la ilumina, a Dios mismo.

El hombre es una imagen de Dios y la encuentra como en un espejo, en

la intimidad de su alma. Por eso apartarse de Dios es como arrojarse las propias entrañas, vaciarse y ser cada vez menos. Cuando el hombre penetra en sí mismo, descubre la divinidad. Aunque sólo por medio de una luz sobrenatural puede el hombre conocer a Dios de un modo directo.

Dios ha creado el mundo de la nada por decisión de su voluntad. Las ideas de Platón están alojadas en la mente divina; son los modelos ejemplares con los que Dios ha creado todas las cosas, y en cambio, San Agustín, encuentra a Dios en la propia intimidad de su alma y por este conocimiento llega al conocimiento de Dios.

La actitud moral del cristianismo es tratar de semejarse a la voluntad y a la moral divinas.

El alma del hombre es espiritual; es la facultad de entrar en sí mismo. El espíritu tiene una interioridad, en la que puede recluirse, adentrarse y es un privilegio que no comparte con ningún otro ser de la naturaleza. Por eso en el interior del hombre habita la verdad.

El hombre es racional como el ángel y mortal como el animal, teniendo un puesto intermedio entre los dos, es imagen de Dios por tener una mente o un espíritu y en las tres facultades del alma, memoria, entendimiento y voluntad, descubre San Agustín una huella de la Trinidad divina; es el yo personal que recuerda, entiende y ama, hallando en la unidad esencial una perfecta distinción de las tres facultades.

La ciudad de Dios. En la historia humana se produce una lucha entre dos reinos, el reino de Dios y el reino del hombre. El Estado está encargado de regir las cosas temporales y procurar el bienestar, la paz y la justicia entre los hombres. Por eso el Estado tiene una misión divina, ya que toda autoridad o potestad viene de Dios. Los valores religiosos no son ajenos al Estado y debe estar éste percatado e influido por los principios cristianos.

La Ética y la política no pueden separarse de la conciencia moral de que el fin último del hombre no termina en la tierra, sino en el cielo. Y para eso hay que descubrir a Dios en la verdad de que está en el interior de la criatura humana.

Otras teorías morales dentro de la libertad

En el siglo I de la Era cristiana surgió la Filosofía estoica cuyo representante más importante fue Séneca, nacido en Córdoba. La teoría de los estoicos es muy parecida al cristianismo. Séneca asegura en su libro *De la felicidad* que el hombre es más feliz cuanto menos necesidades materiales tiene y el carácter lo fundamenta dentro del hombre en sus ideas espirituales, no en el mundo exterior, donde los hombres sufren por la posesión de bienes

materiales. Por eso Séneca afirma su Ética en la austeridad y honestidad de las costumbres, atesorando bienes de espíritu, de libertad y de independencia y no bienes materiales.

La Ética de Arturo Schopenhauer, fundamentada en sus libros *El mundo como voluntad y representación* y en *Parerga y Paralipomena*, son la imagen opuesta a la Ética de Aristóteles. La moral es congénita o que nace con el individuo y la experiencia solamente sirve para reconocer el carácter tal como es, sin que el hombre pueda hacer modificación alguna. Schopenhauer se inspiró en ideas orientales, donde los hombres son una relación de dharna y karma.

Lo que Aristóteles llama carácter adquirido no es otra cosa que el reconocimiento de la personalidad por medio de la facultad inteligible, o que el entendimiento nos da a conocer como somos, pero que en modo alguno podemos modificar. La Filosofía moral no es la repetición de actos y hábitos morales, como en la Ética aristotélica, sino que más bien es un descubrimiento del carácter.

Otros filósofos, como Bourke, aseguran que todo acto deja una huella en el carácter y que no puede ser sólo congénito, como asegura Schopenhauer. Nacemos con un carácter y enriquecemos nuestro carácter con la experiencia moral.

Los hombres nacemos con cuatro facultades: el entendimiento, la voluntad y los apetitos concupiscibles e irascibles.

En todo acto moral entran en juego estas facultades y cada hombre adquiere en el curso de su vida una estructura mental diferente de los hábitos morales que ha adquirido. Su personalidad moral se ha formado por algo que se ha añadido a sus potencias congénitas.

El carácter no es un concepto práctico que se manifiesta o modifica directamente, sino por medio de actos y hábitos morales, constituyéndose entonces la Ética en una ciencia práctica, pudiendo afirmarse que sólo por los hábitos morales conocemos el ethos, es decir, que aunque los actos y los hábitos morales no constituyen el carácter de una manera total, sí contribuyen a su formación y reconocimiento.

La Ética de Aristóteles está más universalmente aceptada, por estar más cercana a la verdad o ser la verdad misma del cristianismo. La repetición de actos y de hábitos morales es lo que genera la constitución del carácter, prolongándose a lo largo de la vida entera. Ni un día de verano hace el verano, ni una sola golondrina anuncia el buen tiempo. Los días de verano se prolongan durante todo el período de esta estación, y cuando las golondrinas llegan para anunciar el buen tiempo, lo hacen en bandadas. Un acto moral aislado o actos morales en un breve tiempo, no forman del todo el carácter;

el hombre se forma día a día, año a año y a lo largo de su vida, ofreciendo el balance de lo que ha conseguido en el orden moral o de lo que ha sido.

A todo hombre se le puede preguntar en un período de tiempo de varios años cómo ha sido el balance creador de su vida en el orden moral. La mayoría nos daría un balance pobre, con escasas ganancias morales y muchas pérdidas de tiempo.

Podemos afirmar que el hombre al perder el día, perdió la noche y el hombre que perdió su juventud, perdió su vida.

El objeto de la Ética es la ejecución de actos morales, encontrándole una unidad temporal, que nos daría su medida moral.

Los actos y los hábitos morales transforman la vida del hombre en su totalidad. El hombre inmoral se distingue a sí mismo y su vida es corta, con poca felicidad, aunque otra cosa aparente. El hombre moral que ha formado su carácter con el cumplimiento de actos y hábitos morales, alcanzó el triunfo que siempre aguarda a un carácter perseverante.

Nos preguntamos: ¿Cómo entender la vida en su unidad de sentido? ¿Cómo alcanzar su significado para que el hombre encuentre su verdadero destino?

Contestamos que existen dos caminos: a) realmente; b) vivencialmente.

Cuando decimos realmente es porque nos referimos a la naturaleza del hombre y a la naturaleza del universo. Cuando decimos vivencialmente nos referimos a la experiencia moral de la vida por medio de la cual adquirimos un saber, que nos proporcionan la razón y la intuición.

El ethos es el resultado práctico y la razón y la intuición son las facultades de las que nos valemos para llegar al resultado del carácter.

¿Qué significado tiene el ethos? Es donde hemos ido formando y decantando ese fluir y pasar de la vida, donde nos vamos dando cuenta de la experiencia propia y ajena y donde podemos establecer la comparación con nuestra propia vida.

Los actos vivenciales son reconocidos por actos discursivos y actos intuitivos. El discurso se entiende en Lógica como el uso recto de la razón. Y los actos intuitivos se entienden en Psicología como aquello que conocemos en un momento de lucidez sin que nadie nos lo haya enseñado.

Los actos discursivos hacen referencia a todas y a cada una de nuestras acciones, a la vida entera, al fin último que es lo que constituye el tema de la moral en un orden teórico.

Por los actos intuitivos se descubre la unidad de sentido de nuestra vida y estos actos intuitivos son síntesis o definiciones de todo conocimiento.

Los actos intuitivos son privilegiados, por la profundidad que con ellos se alcanza; es lo que vivimos como propio, lo que experimentamos emocional-

mente, a diferencia de los actos discursivos, que son un examen crítico de las razones o de las conveniencias en el orden moral.

Los actos intuitivos se reconocen en tres momentos semejantes: *El instante, la repetición y el siempre.*

El instante es un momento en que se resume toda la vida moral, lo que llamaríamos el hoy eterno, producido como un estado superior de la conciencia y como resultado de un proceso moral. Y al término de este proceso examinamos si hemos logrado la meta propuesta generando la fruición, que es un instante en que se reconoce el pasado y el presente.

Todo acto de intuición intelectual o sentimental aparece de repente en nuestra conciencia con resplandores nuevos y brillantes.

Lo que llamamos repetición es lo que hemos estudiado hasta ahora como hábitos mentales o como hábitos morales, porque nada surge en un momento, sino que es el fruto del esfuerzo de varios años en la misma dirección.

No olvidemos que el hombre es un animal de costumbres y lo que se acostumbra forma en él una segunda naturaleza, que es la que le da un estilo y personalidad y ésta es el reflejo del carácter.

Los actos intuitivos ya hemos dicho que son privilegiados y el acto privilegiado máximo sería la hora de la muerte; es entonces cuando contemplamos la vida entera en su totalidad y podemos hacer un balance de cuáles han sido los objetivos morales que hemos conseguido.

Por eso el instante es la eternidad en el tiempo o el descenso de lo infinito a lo infinito, como dos términos de la existencia, lo mismo que el nacimiento y la muerte.

El instante puede tomar distintas formas en quien lo experimente. Las más elevadas son el éxtasis o la contemplación mística que se da especialmente en el hombre religioso. Y el hombre que no lo es, siente la unidad moral de toda su vida en el momento definitivo en que su vida va a terminar, y es una contemplación de todo lo que se ha vivido y de todo lo que se ha logrado.

El instante con sentido religioso puede significar unión moral, de revelación que en su vida temporal no tuvo o de aceptación de un mundo de ideas que durante toda su vida fue una lucha contradictoria. O bien puede tomar la forma de una conversión moral y religiosa.

Por eso el instante suele tomar el significado de un sentimiento de angustia o de lucha moral interior, presentándose algunas veces en la conciencia con la forma de raptó, de serenidad, de plenitud o de paz.

En el acto de repetición puede presentarse en la forma de un reencuentro con un camino perdido, dándole también la visión total de su vida. El hombre cuando va a morir repite lo que ha vivido o vuelve a vivir su vida en un instante.

La unidad formal del tiempo y su esencia moral la encuentra el filósofo Bergson en la memoria de las cosas pasadas, considerando que la materia es el medio físico y la conciencia es el medio moral, para vivir las experiencias vitales y obtener la unidad de experiencias en la memoria como resumen de todo lo vivido.

El filósofo Javier Zubiri distingue la esencia moral en el siempre, donde el pasado y el presente, si son firmes, alumbran con seguridad el futuro.

El siempre es de una vez por todas el fundamento de los cambios temporales y el ahondamiento en la posesión moral de sí mismo. Asegura Zubiri que cuando no tenemos el sentido del siempre, vivimos pegados a las cosas temporales y nos perdemos con frecuencia en el fluir o cambio de la vida.

El ethos termina con la muerte. Por eso el objeto material de la ética es un mostrarse o revelarse fundamentalmente en el ethos o en la personalidad moral.

Conclusiones

El hombre se proyecta, se propone, se esfuerza y se afana en el tiempo, pero el hombre dispone de un tiempo limitado para realizarse a sí mismo y hacer su obra como una cualidad ética; el hombre está situado en el tiempo, en una esencia cualitativa, mucho más importante que su realidad cuantitativa, y ese tiempo de que dispone no es reversible o que no lo puede volver a empezar.

Si lo que hizo fue inmoral, al término de la vida no puede volver a ser moral, es decir, no puede ser intercambiable. El paso del tiempo deja su huella y cada día debemos tener el afán de realizar nuestra obra pensando que si no lo hacemos, llegaremos al término de la vida sin un contenido moral y con la conciencia dramática de una frustración. No podemos olvidar que la formación del ethos es temporal y la Historia no es un retroceso, sino una realización abierta en cada momento.

Por eso los conceptos de oportunidad son esenciales en la tarea moral. Cada hombre tiene su hora, sus oportunidades y la plenitud de su vida moral; es un esfuerzo para llegar al perfeccionamiento moral y a la integridad creadora del hombre. Pero la perfección moral es cualitativamente distinta de un hombre a otro, no sólo para su persona sino para cada oportunidad, es decir, que las oportunidades no son iguales para todas las personas.

Lo que sí es importante es no olvidar que la formación del ethos se produce en un tiempo limitado. Por eso aseguraba Séneca que nos diferenciamos de los dioses cuyo tiempo es infinito y el del hombre que es un tiempo que acaba, debiendo aprovecharlo como un don precioso de la naturaleza.

Las ideas morales como rememoración en la filosofía platónica

Partimos de la siguiente pregunta: ¿Qué es el bien moral en sí mismo, es decir, el ethos en su contenido?

Comenzamos por la idea del bien en Platón.

El concepto del bien es para Platón una idea universal. Se da en los hombres particulares, pero abarca un concepto abstracto en el que caben todos los hombres del pasado, de los que vivían en la época de Platón y de los hombres que sucedan a la humanidad actual. La idea del bien es un concepto unívoco o un género en el que abarcamos las especies y los individuos.

Los bienes de la tierra lo serían por participación en esa idea universal. Los bienes de la tierra son siempre imperfectos, contaminados de impurezas individuales. El bien como idea universal estaría siempre en el reino puro de la unidad.

Aseguraba Platón que la multiplicidad o la variedad es lo imperfecto y es perfecto y universal lo que está en el reino puro de la unidad.

Aristóteles aseguraba que el concepto del bien mantenido por Platón no es totalmente unívoco: la idea del bien excluye los otros bienes. De la idea del bien separaba los bienes útiles a todos los bienes reales, los bienes de este mundo que para Platón no son otra cosa que reflejos del verdadero bien, de la *idea del bien*.

Aristóteles escribe por eso una ética basada en los bienes reales, no en el bien ideal. La ética aristotélica es aplicable a los seres particulares, aunque de ellos podamos llegar a un bien universal.

Para Aristóteles toda la realidad es buena; todas las cosas y entre ellas el hombre como realidad; con todo lo que el hombre apetece, no como simple realidad, sino como ley, obligación, exigencias o conveniencia, de acuerdo con su naturaleza racional, buscando una perfección. El hombre no es perfecto y busca la perfección moral; es un ser vivo real, que sueña, que siente, que busca la perfección en todos los actos de su vida y es una imagen opuesta a la idea de Platón, quien se limita a la contemplación pura de la idea, donde el hombre particular queda desconocido por la abstracción de la idea.

Platón contempla la *idea del bien en sí*. En Aristóteles es una exigencia racional la realización del bien y el *bien se da en el hombre como realidad* y como obligación y uno como una idea pura.

En Manuel Kant se produce un intento de franquear la distancia entre el deber ser y el ser. El ser es un concepto de reflexión intelectual y el deber ser es, ser lo que se es, o la proyección moral del hombre. El hombre en sí mismo sólo se justifica con una conducta moral y una reflexión intelectual que le lleve como postulado a conclusiones morales.

El conocimiento del ser en sí mismo sólo podemos comprenderlo en su vida moral. Kant habla de la moral como una buena voluntad para la realización del bien, *aunque del bien en sí mismo no tengamos conocimiento.*

Las sociedades no tendrían razón de ser, si no hubiese un principio moral superior que les gobernase y los hombres con buena voluntad cumplieren la exigencia moral.

Aristóteles a diferencia de Platón aseguraba que el bien en sí mismo no puede ser una idea universal, separada de los seres individuales, porque entonces el ser universal no podía ser operado o poseído, es decir, el ser *viviente*, porque la idea universal de Platón es una mera especulación de la mente, sin posible aplicación a los seres individuales vivientes.

El bien en sí mismo es para el Estagirita una apropiación moral de cada hombre, con el esfuerzo constante de la vida moral, que es lo que constituye el "ethos". La obligación moral no está separada del ser del hombre, ya que el deber ser y el ser es la misma cosa, porque el ser del hombre en su personalidad moral no es concebible sin una vida moral. El ser es una entidad moral que mueve su voluntad en el ejercicio y conquista de su obra creadora. El bien o la moral es lo que todos los hombres desean, como exigencia de su propia naturaleza espiritual, y son deberes u obligaciones del ser: elaboración de ideas, gestación de pensamiento, los bienes morales propiamente dichos y los valores morales.

Estos deberes u obligaciones proceden del ser y vuelven al ser; es como una acción y reacción circular, donde el hombre se proyecta y recibe el fruto de su misma proyección.

Por eso el hombre es el artífice de su propio destino; lo que el hombre siembra es lo que recoge y todo lo que hace tiene una respuesta de la misma naturaleza o una réplica equivalente a su obra.

Estudiemos ahora en qué consiste el bien en sí mismo y cuál es su proceso de estructura moral.

La realidad total del hombre en cuanto tal hombre es siempre moral y la moral es propia de los seres humanos y dentro de la libertad, porque sin libertad no existiría la vida moral.

Ahora bien, todo lo que hacemos tiene siempre una finalidad moral; el conocimiento que adquirimos de la ciencia o de la técnica o cualquier actividad humana, está fundamentada en algo moral, tiene una finalidad o un objetivo. Y toda decisión que tomamos la hacemos desde un proyecto o una finalidad moral, que consideramos la mejor o lo que está de acuerdo con nuestras posibilidades.

Los fines y los medios para realizarlo son proyectos hasta que no se rea-

lizan y su finalidad es que llegue un día para verlos realizados. Todo proyecto nace de la realidad y sobre la realidad debe construirse.

El yo personal de cada hombre está inquieto hasta que no está seguro de lo que quiere y las cosas van y vienen. Las situaciones de cada hombre, por estables que parezcan, no pueden prolongarse; es el hombre el que debe crear sus propias circunstancias favorables y estables. Siempre se sale de una situación y se entra en otra y este tránsito de una situación a otra se hace siempre desde un proyecto. El paso de una realidad creada en una situación a otra realidad, en otra situación, se hace a través de un proyecto irreal, porque aún no se ha realizado.

El hombre se mueve libremente, porque es condición indispensable para la vida moral. Pero las ideas separadas del mundo real, no ofrecen resistencia y permiten ensueños, fantasías, castillos en el aire. Este estado es propio de la imaginación poética y no es adecuado para la vida moral; todo proyecto ha de traducirse en obra, es el resultado del esfuerzo de cada día. Por eso la realidad dentro de la más pura doctrina aristotélica, está exigiendo volver a ella.

Ahora bien, Aristóteles distingue dos clases de bienes: a) los bienes que se buscan por causa de sí mismo; b) los bienes que se buscan por causa de otros.

La formación de la personalidad moral está determinada por estos dos factores psicológicos.

El hombre busca siempre su bien moral; no sería justo que el hombre olvidase sus propios bienes morales y además porque el perfeccionamiento intelectual y moral lo ha de hacer cada hombre y lo debe hacer en su propio beneficio personal.

Pero el bien moral no se completa, si es verdaderamente justo, si el hombre no labora además para los otros. Ya decía Aristóteles que el hombre es un ser social. Lo observamos desde las primeras comunidades primitivas, lo que llaman los historiadores clases o grupos de familias que se juntan para hacer vida social, cuyos beneficios son para todos los individuos de la comunidad y como defensa contra otras clases.

Este mismo ejemplo lo dan los animales. Cuando los caballos presienten un peligro, forman un círculo con sus cabezas y patas traseras, dispuestos a defenderse entre todos contra un enemigo común.

En primer término es el perfeccionamiento moral del individuo y en segundo término es el perfeccionamiento de la sociedad. En el orden moral es siempre nuestra vida una *apropiación de bienes morales*. Lo mismo que nos apropiamos virtudes, también nos apropiamos vicios. La virtud construye nuestra personalidad y el vicio la destruye. El hombre debe tener salud

física y mental, porque nadie desea estar enfermo. Si nos comportamos con una mala conducta moral o una mala conducta física, entonces originamos la enfermedad de la conciencia y del cuerpo físico.

A veces hacemos el mal en función del bien. La intención subjetiva es el bien, pero hacemos el mal por error o por ignorancia.

El hombre busca la felicidad y la felicidad está en nosotros si hacemos vida moral. En la naturaleza del hombre no existe la desgracia o la enfermedad, sino que existe de modo natural la felicidad y la salud.

La estructura moral del hombre es siempre felicitante. El hombre proyecta la felicidad que radica en su propia naturaleza.

Pero existen errores en los caminos de la felicidad. Hay hombres que buscan la felicidad como una fortuna exterior a ellos mismos. Otros la buscan como una suerte. Los que buscan la felicidad en bienes materiales exteriores, corren el peligro de que esos bienes puedan perderse.

La historia del hombre demuestra que unas veces tiene fortuna material y otras veces es pobre. Los que hoy son pobres mañana son ricos; es una ley de compensación de la sociedad, que en un tiempo o en otro se produce.

Si los bienes que buscamos son intelectuales o morales, la experiencia demuestra que nunca se pierden, porque nos los vamos apropiando como un tesoro a lo largo de nuestra vida y es lo que constituye nuestro patrimonio no enajenable.

Otro error es buscar la felicidad en un estado puramente subjetivo o como sentimiento psicológico de la felicidad individual.

El verdadero sentido ético no consiste en ninguno de esos errores, pues la felicidad únicamente puede basarse en la apropiación última de nuestra mejor posibilidad en el orden moral, que es la obra del hombre en sí mismo o la práctica de su propia posibilidad real. La posesión de bienes materiales fiándolo de la suerte, o el creer que la felicidad es un estado contemplativo interior, no nos lleva a la felicidad, que es siempre la realización del bien en sí mismo y en los demás. Estas dos realizaciones morales nos las vamos apropiando y formando parte de una segunda naturaleza moral, que es lo que en la Ética llamamos la personalidad moral.

Se nos ocurre preguntar ahora: ¿Será la apropiación moral el único camino para conseguir la felicidad?

Aristóteles contesta que la vida entera es como una pirámide de medios y fines. En la base de la pirámide, pone los bienes que no se buscan por causa de sí mismo. Y en lo alto de la pirámide, coloca la vista y la inteligencia superior del hombre, los placeres, los honores, que se buscan por causa de sí mismo y que constituyen el supremo bien.

Buscar los bienes por causa de sí mismo es un anhelo perfecto, porque con el bien propio buscamos el bien de los demás y en eso consiste la felicidad.

Establecemos una finalidad con fines distintos e iguales, puesto que la busca del propio bien conduce al bien de los otros; es una concepción intelectual de propósitos o de fines, en los que interviene la razón y el análisis de la voluntad, expresando un bien de carácter único, al que lleva esa inclinación a la felicidad que buscan todos los hombres.

Aristóteles afirma que la felicidad consiste en la felicidad personal y no en otra realidad. El hombre más se conoce a sí mismo que a los demás.

Ahora bien, la felicidad no puede ser exterior al hombre, por dos razones: a) porque si fuera exterior no se daría una apropiación moral de carácter íntimo y necesario, con el que nos sentimos ligados profundamente. b) porque el bien perfecto en el orden moral ha de ser autosuficiente y no necesitar nada ajeno al hombre.

La felicidad es siempre un estado de salud mental. Por eso el suicida es un enfermo de la mente, quien voluntariamente ha cortado sus posibilidades de felicidad. La actitud normal del hombre es la búsqueda de la felicidad.

Pero la felicidad humana es distinta de la beatitud religiosa. La beatitud en el sentido religioso trasciende el sentido moral del hombre o está fuera de las posibilidades de la comprensión humana. La felicidad se da en el hombre y consiste en una determinada actitud felicitante, que vamos ganando en cada situación de nuestra vida, porque sabemos que toda situación es cambiante, pasajera, insostenible. Y el hombre ha de entrar en cada situación de la mejor manera posible, buscando la perfección moral.

Si la situación es desgraciada y las salidas morales están cerradas y también las situaciones religiosas, entonces el hombre puede ejercitar un acto que es malo en sí mismo y este acto sería el *suicidio*. En la muerte creará encontrar el suicida la evasión del sufrimiento, del deshonor y el encuentro con la paz.

Pero esta actitud representa una perspectiva errónea, porque el hombre solamente vive una vida y en esa vida ha de realizar su obra, la que él libremente ha elegido, realizando su personalidad moral.

El suicidio corta sus posibilidades y el suicida es como un derrotado o frustrado, sobre todo pensando que una situación angustiosa, difícil, puede traerle una situación feliz, en que vuelva a encontrarse con la felicidad.

Las posibilidades de la felicidad son los bienes apropiables y entre ellos son unos vividos como apropiados y son los deberes morales.

Lo que confiere a las posibilidades de felicidad su carácter más o menos apropiado es un poder para la felicidad y una vez que la felicidad está apropiada, el hombre se siente ligado a ella.

Los deberes van unidos a la felicidad, porque no hay felicidad si no hay

deber cumplido. Los deberes son imperantes y son apropiados. Su carácter nace de la exigencia moral del hombre para cumplir sus fines de felicidad.

Y son apropiados porque constituyen una naturaleza apropiada del carácter y lo que nos apropiamos tiene la categoría moral de apropiando.

Crítica del bien por la felicidad o de la felicidad por el bien

Manuel Kant se opone a este concepto de la felicidad aristotélica y cristiana, diciendo: la felicidad como estado que se desea o se busca, *le es al hombre natural*. Lo que puede constituir un deber como proyección natural del ser, es más bien una inclinación que está en la constitución misma del ser.

Kant y Aristóteles son coincidentes en la necesidad del acto moral. Kant rechaza la ética de los bienes por la ética del deber. *El bien es un hacer y el bien es lo que se debe hacer*.

No es el concepto del bien lo que determina la ley moral, sino la ley moral la que determina el bien.

Santo Tomás dice que toda la razón de amar a Dios por el hombre, reposa en el hecho de que Dios es el bien del hombre. El hombre encuentra su perfeccionamiento moral pensando que Dios es el máximo perfeccionamiento o la máxima moral.

Teoría del conocimiento en la Ética amorosa

En el idioma griego existían tres formas de concebir el amor. Eros era en el concepto platónico, o desear lo que no se tiene; el amor es siempre una insatisfacción, un anhelo. El amor es una insuficiencia amorosa, porque el verdadero amor es el amor de Dios, y entre el hombre que ama y Dios, no existe la proporción o la adecuación necesarias. El hombre es limitado y Dios es infinito. Por eso no existe la adecuación necesaria entre la limitación del hombre y la infinitud de Dios.

Otra forma de amor es la filia, en el concepto aristotélico, que significa amistad, trato frecuente o cuidado por la persona que consideramos amiga.

Existen varias formas de la amistad. Una amistad desinteresada entre dos amigos o entre dos amigas. La amistad amorosa que se produce entre hombre y mujer. Y la amistad entre países por afinidades culturales o por conveniencias económicas.

Existe la tercera forma del amor, llamada agapé y que en latín se llama dilectio; es una estimación o amor recíproco. Esta forma de amor es menos frecuente, porque el perfecto amor entre los humanos debe ser recíproco

y por la insuficiencia de nuestra naturaleza, esta clase de amor es sólo amor aproximado al concepto total del agapé.

El agapé fue modificado por el cristianismo con el término "charitas", empleado por Santo Tomás y San Agustín y que significa sentimiento de uno hacia los otros, sintiendo alegría o tristeza, si los otros sienten alegría o tristeza.

El hombre está esperanzado en el sentido de que siempre espera algo que quisiera ver realizado, y cuando lo realiza, surge otra esperanza de algo nuevo que piensa realizar. El hombre siempre está esperando.

Por eso el hombre es amante, porque el amor le hace ser en otro o en otros.

Así nacen las virtudes morales, porque el amor transfigura y eleva al hombre.

Santo Tomás afirma que el amor es una virtud apetitiva del bien, porque en todo amor siempre se busca el bien. Y cuando se posee el bien, se produce la delectación, que es recrearse con deleite en el deseo realizado. El movimiento hacia la delectación es lo que se llama concupiscencia o deseo.

El acto de voluntad pone en movimiento al deseo y es lo que se llama *frucción*. Pero no está sólo al final del acto, sino en la puesta en marcha y a lo largo de todo el proceso. Por eso el amor está siempre en la base de todo apetito. Santo Tomás considera al amor como la primera de las pasiones irascibles.

El amor como apetito o como querencia constituye la estructura fundamental de la existencia; la vida es una suma compleja de apetitos. El hombre es un ser insuficiente. Siempre le falta algo y siempre desea alcanzar lo que no tiene; existe lo que se llama una actitud esperante o de esperanza, que tanta importancia tiene en el orden moral. Cuando algo se ha conseguido, surge una nueva esperanza para alcanzar otro objetivo, como estímulo y razón de la existencia.

El amor es ante todo amor al propio bien, amor de uno mismo, aunque no ha de ser amor de sí mismo y menos lo que se llama egoísmo.

El auténtico amor a uno mismo es una tendencia a la felicidad y a la busca de la perfección moral. Nadie puede conseguir la felicidad de otros, sino su propia felicidad, aunque pueda ayudar a otros en su respectiva felicidad, como nadie camina por otro ni piensa por otro, aunque pueda ser ayudado a bastarse a sí mismo.

El amor de sí mismo es amor de uno mismo y en este amor va incluido el amor a Dios.

San Agustín no establece la menor contradicción entre el amor de sí mismo y el amor de Dios. Cuando el hombre tiene amor de sí mismo es que valora su propia estimación personal en busca de perfección moral y el hombre es más perfecto, en el concepto de Espinosa, cuanto más se acerque al conocimiento de Dios.

Dios es el único bien supremo que pueda satisfacer el amor del hombre. La contradicción es más bien con el amor del mundo, si se considera a éste como bien supremo. San Agustín aseguraba que la finalidad del hombre no es terrenal, sino celestial. El mundo puede amarse como subordinado al amor de Dios.

El amor de sí mismo es un movimiento afectivo éticamente neutral. Ya sabemos que el amor es siempre amar a alguien o amor de algo y nunca es amor para sí mismo, porque entonces el sentido del amor no tiene cumplimiento, aunque todos los hombres se aman a sí mismos en el sentido de que todos quieren su propio bien.

El problema moral comienza al poner el sumo bien o la felicidad en una realidad o en otra, en los placeres del mundo o en Dios.

Según el objetivo que nos hayamos propuesto, así serán los resultados. Si buscamos la felicidad en los placeres del mundo, encontraremos una insatisfacción al final de nuestro objetivo.

La suma de todas las experiencias o de todas las realidades que podamos tener como norte de nuestra felicidad, servirán para ir perfeccionando nuestra conciencia moral. Aunque el objetivo del bien como categoría suprema siempre es ideal.

Cada hombre se forja una idea o un concepto de la felicidad y es un ser cuyo destino está íntimamente con él y el mundo, aunque también es un ser que trasciende el mundo. En este concepto de trascendencia puede tener o no un carácter religioso.

Aristóteles asegura que el vicio es contra la propia naturaleza y que el verdadero amor de sí mismo es un amor racional de sí mismo. Este amor constituye un principio ético fundamental, porque es la búsqueda calculada y prudente de la propia felicidad.

Junto al amor racional de sí mismo se da también la benevolencia o buena voluntad, que es una *racionalización de la simpatía*, en el sentido de sentimiento hacia los otros, como un dictado de la razón; es un amor razonable hacia el prójimo, lo que llamaron caridad en el cristianismo y en lenguaje civil filantropía. Los filósofos positivistas le llamaron altruismo, que es lo opuesto al egoísmo.

Pero entre el amor de sí mismo y la benevolencia, encontramos un tercer principio ético, lo que se llama *conciencia moral*, que es la llamada a decidir entre el problema del yo y de los otros.

La relación justa entre el egoísmo racional y la benevolencia racional, es el problema más profundo de la Ética.

El amor como apetito sensible, puede ser sentimiento espiritual, pero no

es una virtud, porque es tendencia hacia el bien o un bien que no se posee completamente, ya que su satisfacción no satisface al apetito.

Es la idea platónica del amor, que siempre es afán de posesión de algo que no se tiene. El deseo es siempre de bienes infinitos, y al ser infinito, no puede satisfacer el apetito del amante.

El amor se distingue de la amistad, porque el amor es pasión o padecimiento y la amistad es de carácter intelectual, donde no hay padecimiento. La amistad es desinteresada y el amor es interesado; la amistad es voluntaria y el amor es involuntario. La amistad se caracteriza por un sentido razonable de cooperación y ayuda mutuas.

El amor busca lo que nunca acaba de encontrar, porque es inaccesible y el amor no tiene límites. El amor infinito es un amor que se nos da, o el amor de Dios en nosotros, como una virtud teológica.

El amor platónico era una aspiración o una tendencia de lo inferior a lo superior, de lo imperfecto a lo perfecto y este es el concepto que penetra la mentalidad griega y cristiana.

La filia o la amistad más bien consiste en amar que en ser amado y exige que el superior sea más amado de lo que ama.

Aristóteles se pregunta si debemos desear que los amigos lleguen a ser dioses, porque entonces dejarían de amar a los que antes eran sus amigos.

El amor es siempre un impulso o movimiento ascendente hacia Dios. Este movimiento ascendente es un *metaxi* o un demonio intermediario entre los dioses y los hombres. Sócrates decía que un demonio le inspiraba y mucho hay de demonio en toda aspiración amorosa, porque el amor es siempre un deseo de tener lo que no se tiene.

Afirmación de la libertad en el hombre y conocimiento de las decisiones humanas en la mente de Dios, en la ética de G. G. Leibnitz.

Las obras de Leibnitz son de matemáticas, de física, de historia y de filosofía.

Escribe sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, concebidos como una dialéctica contra el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de J. Locke.

En su *Teodicea* se fundamenta la Ética. Justifica la existencia de Dios, tratando de conciliar la bondad y la omnipotencia divinas con la libertad y la maldad humanas. Esta idea fue tomada de Luis de Molina, que vivió en el siglo XVI.

En su libro *Discurso de Metafísica* plantea los principios de la naturaleza y de la gracia, fundados en la razón.

En su pequeño libro *Monadologia* habla de unidades filosóficas, llamadas Monadas, del mismo modo comparativo que existen células en el organismo biológico y el conjunto de las células forman la armonía de los organismos vivos.

Leibnitz toma como punto de partida la filosofía de Descartes, aunque oponiéndose a ella. Descartes decía que el ser era pensante y extenso. Pero el mundo físico era extensión, concebido como algo estático. La energía o la fuerza le parecía a Leibnitz confusa, oscura, incapaz de traducirse en conceptos geométricos y el movimiento era posición de un móvil con respecto a un punto de referencia y los puntos eran intercambiables. Podría ser demostrado geométricamente, pero no moralmente.

Por eso Leibnitz asegura que la Física cartesiana es estática, geométrica y que un movimiento no es sólo un cambio de posición, sino algo vivo y real, producido por una fuerza. El concepto de fuerza para Leibnitz era un ímpetu, un conato y esta idea de fuerza es fundamental en la física y en la metafísica.

La naturaleza de Leibnitz era concebida como una idea dinámica. Desde Grecia era la naturaleza principio de movimiento.

Monadas. La estructura metafísica del mundo está constituida de unidades formales, llamadas "Monadas". Monas en griego significa "unidad".

Las monadas son las sustancias simples, sin partes, que entran a formar los compuestos. Son los elementos primarios y formativos de las cosas, rigurosamente indivisibles, es decir, son átomos y por lo tanto no tienen extensión.

La monada es un átomo formal, no material. Las monadas no pueden corromperse porque la corrupción significaría que eran materiales. No pueden perecer por disolución ni comenzar por composición, puesto que el compuesto es diferente a la unidad. La monada llega a ser por creación y deja de ser por aniquilamiento.

Las monadas no tienen ventanas, puesto que entre ellas no existe comunicación y no hay nada que influya en la otra. Las monadas tienen cualidades propias y son distintas entre sí por lo tanto; cambian de un modo continuo, no por extensión de más a menos o de menos a más. Más bien cambian por despliegues de sus propias posibilidades internas.

La monada es fuerza representativa, energía. Cada monada representa el Universo entero desde su propia visión y son insustituibles.

Ahora bien, no todas las monadas tienen la misma jerarquía o graduación y reflejan el universo por lo tanto con distintos grados de claridad, lo mismo que los peces viviendo en el fondo de los océanos, a los que no llega la luz del Sol y son ciegos, aunque de ello no tengan conciencia y memoria. Puede

hablarse, sin embargo, de percepción y de apercepción. Es el mismo caso de las monadas.

Las formas superiores de las monadas tienen conciencia y memoria, bajando hacia grados inferiores de monadas donde se pierde la conciencia y la memoria hasta llegar a un estado inconsciente.

Todo lo que acontece a la Monada surge del mismo ser, de sus internas posibilidades, sin ninguna intervención exterior.

Leibnitz da a la sustancia un carácter individual, el mismo que le daba Aristóteles. Y Leibnitz afirma que existe una absoluta pluralidad de sustancias monádicas, quienes encierran en sí mismas la totalidad de sus posibilidades ontológicas.

La armonía pre-establecida por Dios

Dios ha establecido un orden para cada monada y que unido al orden de las otras monadas, forman una armonía general, dentro de su soledad y de su independencia. La armonía pre-establecida sólo pudo haberla hecho Dios.

Dios ha creado primero el alma o bien otra unidad espiritual, de modo que todo nazca de su propio fondo. Las sustancias individuales deben tener una comunicación entre ellas. Plantea un problema idealista en Descartes, en Espinosa y en Leibnitz la comunicación de las sustancias. Julián Marías lo expresa por medio de la metáfora del relojero.

En Descartes el relojero es Dios, quien da cuerda constantemente a dos relojes y que son los atributos del pensamiento y la extensión. Entre ellos no hay relación directa alguna y es Dios el que establece las relaciones.

En Baruch Espinosa se afirma que no hay relojes, sino uno, con dos esferas, aunque con la misma maquinaria. Estas dos esferas son el pensamiento y la acción, o los dos atributos de la Sustancia única que coinciden con Dios.

En Leibnitz los relojes son muchos, sin relación entre ellos ni el relojero tiene necesidad de ponerlos constantemente en hora; en virtud de su propia constitución divina, los relojes marchan de acuerdo armónicamente; esta armonía general de todos los relojes o de todas las monadas es lo que llama Leibnitz la armonía pre-establecida.

Cómo actúa Dios dentro de las monadas

Todas las cosas las sabemos o las conocemos por Dios y no hay causa externa que actúe sobre nosotros, excepto Dios, quien se armoniza con nosotros por nuestra continua dependencia de su voluntad. Las ideas de todas las

cosas están en nosotros, por la acción continua de Dios. Todas las monadas están en comunicación directa con Dios, pero no lo están entre ellas. *Solamente están abiertas a la divinidad.*

Nos valemos de Dios para probar la existencia de las monadas. Si Dios no existiera, no podríamos probar nada sobre las monadas.

Leibnitz toma la prueba ontológica de San Anselmo, donde prueba la posibilidad de la existencia de Dios; porque la mente humana puede concebir un ser infinitamente omnipotente y bondadoso, podemos probar que Dios tiene existencia.

Dios es el Ser *A SE*. Dios no encierra ninguna negación ni contradicción desde el punto de vista lógico y entonces concluimos que Dios existe.

Si no existe el ser *necesario a se*, no son tampoco existentes los seres posibles, pero los seres posibles existen. Antes de que el Ser sea, ya hay una posibilidad de su existencia en la mente de Dios. *Existe el ser A SE*, luego hay algo que existe y *ese algo es Dios*.

Aceptada así la existencia de Dios, tienen existencia las monadas, con la razón de ser que antes hemos explicado.

Posibilidad de una teoría del conocimiento de las monadas

Leibnitz distingue dos facultades de la inteligencia: percepción y apercepción.

Las percepciones no son siempre iguales. Pueden ser claras y oscuras, distintas y confusas. La jerarquía de las ideas es siempre una función superior de la inteligencia y la sensación es una impresión. La verdadera idea es una abstracción de la realidad o una elaboración del pensamiento que transforma la realidad en categorías intelectuales.

Cuando las percepciones se presentan con claridad y conciencia, acompañadas de la memoria, se llaman *apercepciones*.

Las apercepciones son propias de las almas. Pero dentro de las almas existe una jerarquía, puesto que no todas las almas tienen el mismo grado de apercepción. Por medio de las apercepciones, el hombre llega a conocer *verdades universales y necesarias*, tales como las leyes generales de la matemática o de la abstracción filosófica.

Puede hablarse entonces de razón superior y el alma es espíritu; en la cumbre jerárquica de las monadas está Dios, que es el *acto puro en sí mismo*.

Verdades de razón y verdades de hecho

Las verdades de razón tienen una categoría lógica y son necesarias, elaboradas por el pensamiento. Las verdades de razón no pueden concebirse que no sean como son. Están fundadas en el principio lógico de contradicción.

Las verdades de razón son evidentes, a priori y fuera de la experiencia.

Un triángulo es la figura de tres lados y tres ángulos y la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual a dos rectos.

Las verdades de hecho no se pueden justificar a priori y se fundan en el principio de razón suficiente.

El General Zaragoza venció a los franceses en la batalla de Puchla: es una verdad de hecho, que requiere confirmación histórica. Pudo ser el General Zaragoza o el General Porfirio Díaz.

El innatismo de las ideas

Todas las ideas proceden de la interna actividad de las monadas y no se adquieren por la experiencia, ni su conocimiento es recibido desde fuera. Conocemos lo que ya está en nosotros. Por eso para Leibnitz las ideas son innatas y tienen su origen en la propia mente del hombre o en la fuerza representativa que las produce.

La Ética de Leibnitz se fundamenta en este innatismo de las ideas. Las ideas morales están ya en el hombre, no necesita del conocimiento exterior, sino sólo hacerlas conscientes en sí mismo. *Es un apriorismo ideológico que recuerda a Platón.*

La Teodicea de Leibnitz

La Teodicea es una ciencia filosófica que pretende por medio de pruebas racionales demostrar la existencia de Dios. A su Teodicea le pone Leibnitz el siguiente subtítulo: *Ensayos sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal.*

En la Teodicea se encuentra el fundamento de la Ética.

Dios es omnipotente y bueno, pero existe el mal en el mundo. El hombre es libre y responsable, pero todo lo que le ocurre al hombre, está incluido previamente en la monada. La Monada divina conoce lo que ha de acontecer al hombre antes de que acontezca.

Es lógico preguntar a Leibnitz: ¿cómo es posible la libertad y responsabilidad del hombre, si Dios sabe lo que el hombre ha de hacer en todo momento?

¿Acaso Dios se complace con crueldad en que el hombre realice la maldad para después sancionarle?

Leibnitz contesta: El hombre puede en su libertad hacer el bien o el mal.

Y cuando hace el mal, el hombre encuentra en su propia experiencia las consecuencias del acto malo y sufre el dolor del mal. Pero con la experiencia del mal, *se eleva en el camino del bien*. Lo que se regala no tiene mérito y lo que se gana con el esfuerzo diario, a veces con dolor, es mucho más importante.

La Ética de Leibnitz concluye con esta idea: el hombre es libre y responsable y Dios conoce todo lo que va a suceder; todo está previsto en la Monada divina.

La idea de Leibnitz es optimista. El hombre tiene en sus manos la belleza y la felicidad y el mundo que conocemos es el mejor mundo de los posibles. Tres males le ocurren al hombre para hacerlo mejor:

A) El mal metafísico, que consiste en la imperfección del hombre y en la finitud del mundo y del propio hombre. Hoy vemos a un hombre y mañana dejamos de verlo, porque su vida ha terminado. El mundo que conocemos no fue igual para los hombres del pasado, ni será igual para las generaciones del futuro.

B) El mal físico, que consiste en el dolor o en las desgracias de toda naturaleza. El hombre puede estar mutilado, perder algunas de sus facultades físicas o tener dolencias de sus órganos corporales.

C) El mal moral, que consiste en la maldad, la perversidad o el pecado, como transgresión o quebrantamiento de las leyes morales.

El mal metafísico es la imposibilidad de que el mundo sea infinito para el hombre, como infinito es para su Creador.

El mal físico se justifica para dar lugar a merecimientos más altos en el orden moral. La adversidad o el infortunio originan la fortaleza de ánimo, la firmeza de carácter, el heroísmo, la abnegación.

La vida no es mala y hay mayor placer que dolor. El mal moral es más bien un defecto, algo negativo y Dios no quiere el mal moral, pero lo permite para alcanzar otros bienes mayores en el orden moral.

No conocemos los planes totales de Dios, ni la totalidad de sus designios, pero como Dios es omnipotente y bueno, el mundo es el mejor de los mundos posibles.

Teoría del conocimiento sobre la libertad de las monadas

Las monadas son espontáneas y nada externo puede coaccionarlas ni obligarlas a nada. Pero *no son libres*. Les hace falta la deliberación y la decisión

humanas. *El hombre es libre*, porque puede escoger entre todos los caminos posibles, después de deliberar. La pre-ciencia divina permite que Dios pueda ver el ser de las monadas, sabiendo lo que ha de acontecer en todo tiempo y lo que han de hacer.

Leibnitz toma estas ideas de su Ética de Luis de Molina, que vivió en el siglo XVI.

Ahora bien, para Leibnitz, Dios tiene tres tipos de ciencia:

A) Ciencia de la pura intelección, por la que Dios conoce todas las cosas posibles. Antes de que las cosas sean en la realidad, lo son como posibles en la mente de Dios.

B) Ciencia de la visión, por la que Dios conoce las cosas reales, las que antes fueron posibilidad y hoy son actualidad.

C) Ciencia media o ciencia de los futuros condicionados, los que se llaman futuribles. Los futuros condicionados serán si una condición determinante los produce, sin que esta condición sea puesta por Dios, para que el hombre tenga libertad.

Por la primera ciencia, Dios conoce todas las cosas posibles. Admite la comparación con la corriente de un río, cuya corriente es una potencia dinámica capaz de transformarse en energía eléctrica. *La posibilidad es siempre una potencia de ser.*

Una potencia de ser

Por la segunda ciencia, conocemos nuestro mundo de realidad, entre otros mundos de realidad que no conocemos, aunque para Dios sea posible todo conocimiento.

Por la tercera ciencia, Dios conoce los futuros condicionados, los casos que serán, si se pone una condición. Dios conoce lo que haría la voluntad libre, pero prefiere la libertad en la acción, para que el hombre sea premiado o castigado en él mismo.

Dios crea a los hombres y los crea libres para que obran libremente y son determinados por Dios a existir, porque en la existencia se da la vida moral.

Dios permite que el hombre pueda pecar, porque es mejor la libertad que la falta de libertad. El pecado es un mal posible, que condiciona un bien superior en el orden moral.

Manuel Kant adopta ante todo una actitud o examen crítico de la Filosofía. Pretende tener un conocimiento científico de la Metafísica, empleando los propios métodos de la ciencia positiva. Para Kant es la Metafísica un conocimiento puro, dado a priori, con independencia de la experiencia. Pero el conocimiento de la realidad únicamente es posible cuando a los principios formales se les junta la sensación o la experiencia. La Metafísica antes de Kant era formal y a priori. Kant quiere completarla con elementos a posteriori, es decir, basados en la experiencia.

¿Será posible tener conocimiento de Dios en un orden científico, lo mismo que lo tenemos de la Historia natural o de la ciencia física-química?

En la Dialéctica trascendental plantea el problema de si es posible esa Metafísica, que no ha encontrado el camino seguro de la ciencia. La Metafísica anterior a Kant intentó tener un conocimiento real, a priori, del alma, del mundo y de Dios, que son conocimientos más allá de toda experiencia posible. Y aquel intento fue un fracaso.

Los temas fundamentales de la Metafísica tradicional fueron la inmortalidad del alma, la libertad del hombre, la finitud e infinitud del mundo, la existencia de Dios.

Esos temas eran logrados en su conocimiento como síntesis infinitas del razonamiento, pero el hombre no puede tener las condiciones necesarias para tener intuición de ellos. Es decir, no puede tener conocimiento científico de la Metafísica.

Kant examina las demostraciones de la Psicología racional, las antinomias de la cosmología racional y los argumentos de la teología racional, tales como la prueba ontológica, la prueba cosmológica y la prueba físico-teológica de la existencia de Dios. Pero ninguna de esas pruebas tiene validez suficiente, porque no se basan en la experiencia, sino en la especulación teórica.

El argumento ontológico de San Anselmo se funda en la idea del ser como predicado real, pero Kant no acepta que el ser teórico tenga un predicado real.

Kant afirma que todo lo existente no contiene nada más que la cosa pensada. El ser no puede ser un predicado real. El ser será un predicado trascendental, pero no un predicado real.

La Metafísica tradicional tomaba al ser como real y admitía las pruebas ontológicas. A esa actitud la llama Kant dogmatismo y es ignorancia del ser como trascendental. La Metafísica no es posible como ciencia especulativa.

Sus temas no entran en la ciencia, pero quedan abiertos a la fe.

Renunciamos al saber científico y aceptamos la creencia. Manuel Kant,

como otro hombre cualquiera, lo que pretendía en opinión de Miguel de Unamuno, era salvar el principio divino como postulado.

El hombre tiene una tendencia natural a buscar lo absoluto. Los objetos de la Metafísica son más bien ideas o nuevas categorías superiores, logradas en síntesis de juicios, aunque de ellas no tengamos intuición y las regulamos con el pensamiento.

Ahora bien, el hombre debe comportarse como si su alma fuese inmortal, como si fuese libre o como si Dios existiera, aunque con la razón teórica no pueda demostrarlo.

Las ideas trascendentales tienen validez hipotética en la razón especulativa y son además postulados de la razón práctica. Aquí surge el conocimiento moral, que no es especulativo, sino práctico. *La Ética kantiana es una vivencia autónoma de la moral.*

Kant distingue el mundo de la naturaleza y el mundo de la libertad. La naturaleza está determinada por la casualidad natural y en el hombre está determinada por la cualidad de la libertad.

El hombre es una naturaleza física y psíquica, sometido a las leyes de la materia y del espíritu; es lo que llama Kant el *yo empírico*.

La materia obedece a las leyes de la gravedad, la voluntad es movida por los impulsos y no es libre. Pero al *yo empírico* se opone el *yo puro*, que no se determina naturalmente, sino por las leyes de la libertad. El hombre como ser racional pertenece al mundo de la libertad. Pero la razón teórica no puede penetrar en ese mundo, no puede conocer la libertad tal como sea en sí misma.

Y se pregunta Manuel Kant: ¿Dónde encontrar entonces la razón de la libertad? Y se contesta: Únicamente en el *hecho de la moralidad*. Ahora aparece la Razón Práctica, que no se refiere al ser, sino al deber ser. No se trata ahora de un conocimiento especulativo, sino de un conocimiento práctico de la moral.

El hecho de la moralidad

Manuel Kant renuncia a la razón teórica y acepta postulados, que no son demostrables, pero que tienen una evidencia absoluta, inmediata, irrefragable para el sujeto que los vive. Y esos postulados son admitidos de un modo incondicionado. Kant se encuentra con un hecho, que es el punto de partida de su Ética: *La moralidad y la conciencia del deber*. El hombre se siente responsable ante él mismo y ante la sociedad, siente el deber o la proyección de su vida moral, exigida por su voluntad. Pero este sentimiento del deber y esta conciencia de responsabilidad suponen que el hombre es libre. Más bien es una *idea especulativa*, pero demostrable por la razón teórica.

Por esta idea regulativa el hombre obra como si fuese libre y la libertad aparece como algo absolutamente cierto, exigido por el imperativo del deber, aunque no podamos saber cómo es posible.

Y se llega a esta conclusión: el hombre como persona moral es libre y la libertad es un postulado de la Razón Práctica.

La inmortalidad del alma o la existencia de Dios, que no se podían probar en la Crítica de la Razón pura, se constituyen ahora en postulados de la Razón Práctica.

Los objetos de la Metafísica son ahora para Kant ideas teóricas regulativas y postulados de la Razón Práctica. Y en este doble fundamento se basa la Ética kantiana.

El imperativo categórico

En la Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres se plantea el problema de la Ética, como bien supremo. Los bienes pueden ser bienes en sí mismos y bienes en relación con otros. Lo único que es bueno en sí mismo es la *buena voluntad*; el problema de la moral no estriba en las acciones, sino en la voluntad que mueve a esas acciones.

Se construye una Ética del deber ser y una Ética imperativa, que obligue a la realización moral. Se busca un imperativo que obligue, pero la mayoría de los imperativos se sirven para la Ética. Son hipotéticos o dependen de una condición. Así por ejemplo: obra bien y ganarás el cielo. El obrar está condicionado por la ganancia celestial.

Se necesita un imperativo categórico que obligue sin condiciones. La obligación del imperativo categórico debe radicar en él mismo. El bien supremo es la buena voluntad y la calificación moral de una acción cae sobre la buena voluntad con que ha sido hecha, *no sobre la acción misma*. Es la buena voluntad que lo quiere por puro respeto al deber. No tiene valor moral una acción si la hago porque me gusta, por un sentimiento, por un temor. Solamente el puro sentimiento del deber.

El imperativo categórico se expresa con diversas formas, pero su sentido radical es como sigue: *obra siempre de tal modo que tu obrar sirva de norma para una legislación universal*.

Ahora bien, la Ética kantiana es autónoma, o que el legislador de la moral es el propio sentimiento individual del deber, no por algo ajeno al yo mismo. La Ética es formal, no material, puesto que no determina una acción en su contenido, sino la forma de la acción: *obrar por exigencia del deber*, cualesquiera que sean las acciones.

Se debe hacer lo que se quiera, no lo que desee, apetezca o convenga, sino

lo que quiere la voluntad racional. Que el hombre sea libre, que sea autónomo, que no se deje obligar por causas ajenas a su propia voluntad, que es la que da sus leyes a sí misma.

La persona moral

La Ética kantiana es una definición de la persona moral. Una Ética es una Ontología del hombre, para que el hombre realice su esencia, para que sea un ser racional. La Ética kantiana no se refiere al yo empírico, ni a las condiciones de la especie humana; es una Ética del yo puro, de un ser racional puro, puesto que el hombre como yo empírico está sometido a la causalidad natural y pertenece al reino de los fines. Y en la Ética kantiana todos los hombres son fines en sí mismos. La inmoralidad es tomar al hombre, a sí mismo o al prójimo, como medios para algo, puesto que el hombre es un fin en sí mismo.

Precisiones sobre la Ética kantiana

La Ética kantiana es el fundamento mismo de su filosofía y el imperativo categórico es el problema de la moral, planteado en su *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*. Culmina en el concepto de persona moral o una Ontología del hombre, basada en la Ética. La persona moral es autónoma y no heterónoma. La ley moral está dictada por la conciencia moral del sujeto y no por algo ajeno al yo personal y que se traduce en una buena voluntad o un deber ser. El imperativo categórico se expresa en este apotegma: *Obra siempre de manera que tu conducta sirva de norma para una legislación universal*.

El hacer o la praxis tiene primacía sobre la teoría. Por eso la Metafísica de la Razón pura, termina en una filosofía moral de la Razón práctica.

Los bienes son en sí mismo y no en algo fuera del hombre. Por eso el hombre debe realizar su esencia, realizando lo que es en sí mismo en verdad, como ser racional.

Las ideas de libertad y hacer son necesarias para la vida moral. La conciencia de la libertad la adquirimos, porque la libertad es la razón esencial de la ley moral y la ley moral es la razón del conocimiento de la libertad. Si no hubiera libertad, no podríamos hablar de ley moral. Las ideas de Dios y de inmortalidad del alma, no condicionan la ley moral. La ley moral está condicionada por la aplicación de la voluntad al deber ser. La moral está determinada por un objeto que le es dado a priori, el Bien Supremo, que

condiciona una necesidad legal de suponer algo, sin lo cual no puede suceder la intención de hacer y dejar de hacer.

El concepto de libertad se hace realidad por una ley apodíctica de la razón práctica. Gracias a la realidad de la libertad los conceptos metafísicos de Dios y de inmortalidad, toman existencia y realidad objetiva, y la ley moral es real, manifestada en la libertad de las acciones. Y dice Kant: "La ley moral es la condición para tomar conciencia de la libertad, puesto que la libertad es la razón esencial de la ley moral y la ley moral la razón para el conocimiento de la libertad".

La dialéctica kantiana sobre la ética tiene este doble concepto: Las categorías en su realidad objetiva que se aplican a los noumenos, negados en el concepto teórico y afirmados en el práctico. Y la exigencia paradójica de hacerse a sí mismo noumenos, como sujetos de la libertad y al mismo tiempo fenómenos en relación con la naturaleza, en su propia conciencia empírica.

Asegura Kant que el concepto de libertad es la piedra de escándalo de los empiristas, pero también la clave para los principios prácticos más sublimes de los moralistas críticos. Estos últimos comprenden la necesidad de proceder racionalmente.

En la fundamentación de la *Metafísica de las Costumbres* debió fijarse antes el concepto del bien que el principio moral. Fue una crítica que se hizo a Kant. Debió hacerse una idea del todo y sobre ella, en una facultad de la razón pura, todas las partes en sus mutuas relaciones, derivándolas del concepto de ese todo.

Pero Kant asegura que no hay en absoluto un conocimiento a priori ni puede haberlo. Podemos decir que conocemos algo con la razón, cuando tenemos conciencia de que habríamos podido saberlo, sin que se nos hubiera presentado en la experiencia. Por eso conocimiento racional y conocimiento a priori es lo mismo.

Lo que importa aquí es hallar la diferencia de imperativos en motivos de determinación problemática, asertórica y apodíctica. Y en las ideas morales de perfección práctica de distintas escuelas filosóficas, distinguir la idea de sabiduría y santidad, llegando a la conclusión objetiva de que en el fondo son idénticas.

No por el hecho de que se tenga universalmente por verdadero un juicio, se demuestra su validez objetiva o su validez como conocimiento, puesto que sólo la validez objetiva constituye el fundamento de un acuerdo necesario universal.

En el uso práctico de la razón, nos ocupamos de los motivos determinantes de la voluntad, como facultad que produce objetos de representaciones o se determina a sí mismo para lograrlos, determinando su causalidad.

El uso de la razón pura es únicamente immanente y sirve de fundamento al uso práctico. En la razón especulativa, empezábamos con los sentidos y terminábamos en los principios; en la razón práctica, empezamos con los principios y pasamos a los conceptos y de ahí pasamos a los sentidos.

Ahora bien, son juicios subjetivos cuando son válidos para la voluntad del sujeto, y objetivos, cuando son válidos para la voluntad de todo ser racional.

La regla práctica es producto de la razón, ya que señala la acción para la realización de un propósito. Si decimos a alguien que no prometa nunca en falso, es una regla prácticamente acertada y es una ley porque es un imperativo categórico.

En la Conclusión de la Razón práctica, ante la imposibilidad del conocimiento metafísico, asegura Kant: Dos cosas me llenan de admiración y respeto: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral que hay en mí. (El primero es la experiencia y el segundo es el conocimiento a priori).

Y dice textualmente: "La primera arranca del sitio que yo ocupé en el mundo sensible externo, y ensancha el enlace en que yo estoy hacia la inmensamente grande con mundos y más mundos y sistemas de sistemas, y además su principio y duración hacia los tiempos sin límites de su movimiento periódico.

"La segunda arranca de mí yo invisible, de mí personalidad, y me expone en un mundo que tiene verdadera infinitud, pero sólo es captable por el entendimiento y en consecuencia al mismo tiempo también con todos los demás mundos visibles y me reconozco enlazado, no de modo puramente contingente, sino universal y necesario".

Pero el cielo terminó en Astrología y la moral terminó en exaltación y superstición. Conocimiento puro quiere decir cierto o científico. Tomemos los ejemplos de la razón que juzga la moral. Busquemos los conceptos elementales y empleemos un procedimiento análogo al de la química y separemos lo empírico de lo racional y sometámoslo a la piedra de toque del entendimiento. La sabiduría consistirá en lo que debe hacerse y lo que podemos conocer.

La ciencia buscada con crítica y con método nos conduce a la sabiduría moral. Pero la ciencia debe tener siempre como guardiana a la filosofía.

Las leyes morales provienen de una legislación de la propia voluntad. Por eso el imperativo categórico y la moralidad nos preocupan, porque son cosa propia y nos pertenecen. La Razón Práctica solamente tiene validez inmediata para el yo y se determina a sí misma. Kant establece el primado de la Razón Práctica sobre la especulativa, siendo anterior y superior a esta última. Lo primario en el hombre no es la teoría, sino la práctica, un hacer de la persona moral, entendida como libertad.

Baruch Espinosa nace en el siglo XVII y es un judío español emigrado a Holanda. Gran parte de familias judías españolas se refugian en los Países Bajos y desde allí continúan su creación humanística.

La Filosofía ética de Espinosa representa la expresión más pura del panteísmo filosófico de Occidente.

Este filósofo afirma que solamente existe una Substancia única, que es Dios, entendiéndolo a Dios como la misma naturaleza: *Sive Deus, Sive natura*. O Dios y naturaleza en la misma Substancia.

Una idea semejante la expresó Descartes, al afirmar que solamente existe una Substancia que es Dios y dos Substancias además que son la substancia pensante y la substancia extensa.

La substancia pensante es el hombre que puede comprender y la substancia extensa es la cosa que puede ser comprendida.

Pero Espinosa difiere de Descartes al definir la substancia como aquello que es en sí mismo y para sí mismo, o aquello cuyo concepto no necesita de otra cosa para ser conocido.

La Substancia de Espinosa es una Substancia Única, que lo informa todo, que lo penetra todo, que lo mismo está en la hoja de un árbol que en el fulgor de una estrella, en la vida de las plantas y de los animales y en el pensamiento del hombre; es como un gigantesco cuerpo, sin medida, donde se hallan incluidos todos los seres existentes y Dios mismo.

Podríamos preguntarnos que si existe una Substancia única en el orden mental, ¿qué son todas las cosas que no sean en la mente que piensa?

No hay nada fuera de la Substancia. Espinosa dice que todos son atributos de la Substancia única, aunque el atributo no quiere decir que sea diferente de la Substancia; es como el árbol que conocido en su conjunto le llamamos árbol, pero el árbol tiene tronco, ramas, hojas, flores y frutos; todo esto que son conceptos de partes del árbol, suman un todo que es el árbol.

La mente pensante percibe los atributos como conjuntos de la esencia única que en todos se encuentra; existen infinitos atributos, como infinita es la naturaleza e infinita es la mente de Dios.

El intelecto del hombre solamente conoce dos atributos: *el pensamiento y la acción*.

Sin el pensamiento del hombre no podríamos conocer a Dios, ni podríamos conocer la naturaleza, pero el hombre al pensar solamente conoce lo que ya está en él, aunque sea desconocido mientras no se conoce; en realidad lo que conoce es su propia naturaleza, como parte de la naturaleza divina, en que el hombre al conocer es uno con la Divinidad.

Tiene cierto paralelismo con el filósofo Plotino de Alejandría, cuando afirmaba: el hombre viene de Dios y vuelve a Dios; es un orden de evolución, en que Dios al pensar crea al hombre y a la naturaleza toda, pero el destino del hombre y de todos los seres, es volver a la patria divina de origen y sentirse otra vez en la naturaleza de Dios.

Nos permitiríamos esta comparación: es como una pelota que en un movimiento reflejo fuese lanzada contra un muro y después regresara al mismo hombre que la ha lanzado, para volver a lanzarla de nuevo, en un movimiento circular, en que la propia acción del hombre es absorbida por la acción o movimiento del que la ha ejecutado.

Dios es la identidad absolutamente infinita o la substancia Única, que consta de infinitos atributos y cada uno de éstos expresa una esencia eterna e infinita.

El Todo está constituido de las partes y la suma de las partes forman el Todo. Como cada parte es un destello de la misma Substancia Única y participa de su misma naturaleza, en cada parte hay una expresión del Todo, y todas las partes forman en junto la Causa Única, que es Dios o la Naturaleza.

La única substancia posible es la identidad necesaria *A SE*, o por sí misma y se identifica con la Substancia Única.

La Substancia necesaria *A SE*, en ella encuentra su propia justificación, sin necesidad de otro concepto que la justifique.

La Substancia Única tiene una naturaleza singular y no admite pluralidad, porque si es Única no puede ser dos o más.

Los atributos de la Substancia son los atributos infinitos de Dios y Dios es igual a la Substancia única, que es la Naturaleza.

Dios es naturaleza y la Naturaleza es Dios, expresada en la frase *Sive Deus, Sive Natura*.

La idea de Naturaleza tiene un doble sentido:

A) Todas las cosas proceden de Dios.

B) Dios no engendra nada distinto de su propia naturaleza.

Así podemos explicar por qué Dios está lo mismo en la piedra que en el pensamiento del hombre.

Todo es Dios y los atributos son manifestaciones de Dios; todas las cosas brotan de Dios o proceden de Dios.

La filosofía de Espinosa es panteísta, que quiere decir aceptación de Dios en la naturaleza, como sucede en el "Vedanta" indio o en la mayoría de las filosofías orientales.

¿Existe una comunicación de los distintos atributos con la Substancia? Podríamos preguntar: ¿Qué relación tiene? No hay pluralidad de Substancia; no hay más que una Substancia con dos atributos: el pensamiento y la acción.

No hay comunicación de los atributos con la Substancia, pero sí hay corres-

pondencia. La correspondencia de unos atributos y otros de la Substancia, está determinada por la mayor o menor jerarquía que en la naturaleza tienen.

No es lo mismo la piedra que la planta, no es lo mismo la planta que el animal, no es lo mismo el animal que el hombre. El hombre constituye dentro de la naturaleza el atributo superior o más cercano a la Substancia única.

Podemos pensar que el orden ideal es el mismo que el real, pero en este caso no se trata de especular sobre una realidad ideal, sino de la realidad misma, porque idea y naturaleza es lo mismo y no cabe separación.

La filosofía de Espinosa viene a negar la filosofía de Aristóteles, o cuando dice que Dios es trascendente al hombre o inmanente al hombre. En Espinosa el ser no es creado por Dios, sino que participa de la naturaleza de Dios; todos los seres que forman la naturaleza son partículas de la Substancia única, y todas las partículas sumadas constituyen la naturaleza de Dios. Una partícula no es Dios, aunque participe de la naturaleza de Dios; todo es naturaleza y no tiene sentido oponer la naturaleza al espíritu. Por eso el espíritu del hombre o la piedra están constituidos por la misma naturaleza de Dios.

El hombre es pensamiento y el pensamiento es tan naturaleza como la piedra.

El hombre es un modo de la Substancia, una simple modificación de Dios, con los dos atributos de acción y pensamiento. Los seres de la naturaleza son cambiantes en sus formas, pero no lo son en su substancia que es eterna. Un hombre nace y muere, pero otro nace con otra forma aunque semejante. La forma ha cambiado, pero la sustancia del hombre se renueva siempre en su propia eternidad. Igual sucede con todos los seres. La piedra que hoy vemos formando parte de una montaña rocosa, en el futuro, esta piedra será polvo, y el polvo de dicha piedra podrá otra vez volver a ser piedra y formar parte de otra montaña rocosa. La idea de la piedra como Substancia es lo que permanece y sus formas son cambiantes, igual que la de otros seres.

Espinosa dice que el hombre tiene cuerpo y alma; el alma es la idea del cuerpo, porque un cuerpo sin alma no tendría movimiento, ni estaría animado por la fuerza penetrante del espíritu divino, el que le anima; todas las formas de la naturaleza, aunque en distinto grado tienen la misma substancia y el mismo modo de ser.

Existe un paralelismo entre el alma y el cuerpo, cuya existencia es inseparable como Substancia eterna. El cuerpo no sería, si el alma no le diera la forma.

Antes de que las cosas sean, ya son en la mente de Dios, y antes de que el cuerpo sea, ya está prefigurado en el alma. El alma configura, conforma y da el ser al cuerpo.

Todo lo que acontece en el hombre con sus propias pasiones, es naturaleza y sigue el curso de la naturaleza.

A los otros seres, en diferente gradación, les acontece lo mismo. La planta

tiene un metabolismo de su savia que determina su crecimiento y es lo que debe ser en el cumplimiento de su naturaleza divina. Pero en todos los seres existe la libertad como una necesidad de su naturaleza, y cada ser o cada cosa se determinan a obrar por sí mismos; cada cosa es lo que debe ser y los frutos son la determinación legítima del obrar en la naturaleza. El hombre es hombre y la flor es flor por la libre determinación de su naturaleza o de su fruto, cumpliendo el natural destino que le corresponde.

Podríamos decir con Espinosa que Dios y la naturaleza hacen siempre su voluntad y la voluntad de cada ser es cumplir su propia naturaleza, que es la voluntad de Dios.

Esta teoría de Espinosa demuestra que únicamente la libertad está en Dios, puesto que todos los seres cumplen su libertad; es un determinismo filosófico en que las cosas suceden porque deben suceder, y la voluntad de los seres está encadenada en la Substancia única; todo sucede cuando Dios lo quiere en su libre determinación.

Esta doctrina niega la doctrina cristiana del libre albedrío, en virtud del cual todo hombre es libre para elegir el camino que quiera, sin que Dios le sujete a su voluntad. El hombre es bueno o malo, porque libremente ha elegido el camino del bien o del mal. El determinismo es un fatalismo de los hechos, en que el hombre no se mueve movido por su voluntad, sino por la determinación de circunstancias y de hechos exteriores que le obligan a veces a obrar en contra de su voluntad.

Y en el caso de Espinosa es la propia voluntad divina la que mueve la propia voluntad del ser. El hombre es esclavo porque se cree libre y se ve arrastrado por la necesidad; en este caso es la necesidad imperiosa, fatalista, de la voluntad divina y la única libertad del hombre es la libertad para el conocimiento.

Cuanto más sabio es un hombre, es más libre, porque tiene menos necesidad y la ignorancia le crea la esclavitud. El propio Espinosa dio un ejemplo con su conducta: hebreo de raza, conservó siempre su espiritualidad independiente y fue expulsado de la comunidad hebrea, ganándose modestamente su vida como tallador de vidrios para ópticos.

En esta idea de la libertad, sólo Dios es libre y su libertad se reparte entre todos los atributos de la naturaleza.

La acción de Dios se ejerce en todos los seres, porque Dios lo quiere en su libre determinación, o Dios ejerce siempre su voluntad sobre todos los seres. Esta doctrina supone que el hombre no es libre, ni el mundo tiene una finalidad, y que todo es necesariamente determinado por la causalidad divina. Repetimos que no hay más libertad para el hombre que el conocimiento. La razón es libertad para conocer que no somos libres y obedecer a Dios es

la libertad, o cumplir las leyes de la naturaleza en nosotros mismos; todos los saberes son un saber de Dios.

En este conocimiento supremo reside la libertad y la felicidad; conocer es solamente conocimiento de la naturaleza y de sus leyes; en el amor intelectual de Dios es donde culmina el saber y la vida.

En la ética de Espinosa toda cosa es en cuanto es en sí misma y tiende a ser como la esencia actual de cada cosa que se muestra en un tiempo infinito. Podría resumirse este proceso en el ser ético, en el hombre y en todos los seres, en seguir siendo siempre, porque la Substancia divina de la que están formados todos los seres es infinita y no cambiante.

Todos los esfuerzos de la mente en el hombre tienden a una voluntad de ser ellos mismos o integrarse cada vez más por el saber consciente en la Substancia única.

Si se trata de la mente y del cuerpo, se llama entonces apetito o deseo de conseguir lo que no se tiene, mientras el hombre no tenga conciencia plena de la Substancia única de la que forma parte.

Hay siempre en el ser un apetito o un deseo de ser que le lleve a ese conocimiento absoluto, pero este conocimiento no le es dado al hombre, porque si así fuera, quitaríamos razón y sentido al progreso humano.

Todo lo que el hombre consigue, lo hace a veces con esfuerzo y dolor, pero el camino o el propósito es llegar a un conocimiento absoluto o a integrarse dentro de la Substancia única, de la cual todos los seres forman parte.

Creemos que algo es bueno, porque el apetito o la tendencia del hombre es siempre el bien, y si no lo realizamos, negamos nuestra propia naturaleza divina; el bien lo queremos o lo deseamos con un contenido más o menos consciente, determinado por nuestro mayor o menor saber.

El sabio es el que tiene más elevada conciencia moral, y el ignorante puede realizar actos morales, sin que de ello tenga conciencia.

Pero sabio no es el que tiene un determinado conocimiento intelectual de la materia o de la inteligencia, sino el que tiene especialmente un saber moral o un mayor saber de la Substancia.

La alegría y la tristeza se corresponden con el aumento o disminución del ser y de la perfección. El ser es más feliz o más perfecto cuanto más se acerca al conocimiento de la Causa única o de la Substancia única de la que él mismo está formado.

El ser de los seres, es siempre un esfuerzo, un afán de llegar a ser, o un afán que le acompaña siempre, del que no puede prescindir, porque todo ser aspira a la perfección. Especialmente el hombre tiene conciencia de este afán de ser; en los otros seres hay un perfeccionamiento biológico, que les permite lograr cada vez un mayor perfeccionamiento de funciones.

El caballo de hoy procede de los equinos toscos de las primeras edades de la tierra, llegando a un perfeccionamiento en la ligereza y en el refinamiento instintivo, que lo hace superior a los animales pasados o a sus edades pasadas.

El hombre de nuestros tiempos no es igual que el que vivía en el Cuaternario; todo su proceso cultural es el fruto de milenios de tiempo.

Encontrar la fundamentación racional de la cantidad y el número dio lugar a la ciencia matemática. El saber buscar las leyes generales que rigen los fenómenos de la Naturaleza, fue un considerable progreso, o al establecer las leyes del pensamiento en la abstracción filosófica, lo que antes eran realidades individuales, sin ordenación y sin sentido, se convirtieron en leyes que dieron explicación de todos los seres clasificados en especies y géneros del pensamiento, estableciendo la ciencia universal que liga a todos los seres entre ellos y Dios.

Todo este proceso son grados de sabiduría en la conciencia del hombre, usando la libertad de conocimiento para llegar a explicar y a reconocer, en un orden intelectual, la Causa o Substancia única de que está formado.

Ser es querer ser siempre, puesto que formando parte de la Substancia única, gozamos de ansia infinita de eternidad.

En toda acción humana hay algo que cambia y algo que dura. La perduración es la explicación de la Substancia única. Pero entre todos los seres es el hombre el que tiene en su esencia un deseo de ser siempre y saber lo que desea, que es el fundamento del conocimiento.

Fundamentos metafísicos de la ética de Espinosa

La Ética es la filosofía teológica de la Substancia y la Substancia es la esencia aristotélica que en Espinosa implica la existencia. Pero la esencia en Espinosa implica la existencia como concepto, pero no como realidad. En Espinosa es la razón la que determina la realidad y es evidente por sí misma como concepción de la realidad, concebida por sí misma. En la esencia de la Substancia divina se identifica con la verdad, pero no en la criatura o en el mundo. La operación realizada es una abstracción mental, no adecuada con la realidad. Debo reconocer aquí las enseñanzas del Seminario de Metafísica del Doctor José Gaos, mi ilustre maestro.

Espinosa realiza un paso del intelecto a la naturaleza o del pensamiento a la realidad, convirtiendo la esencia en existencia.

Espinosa forzaba la creación de una metafísica del universo y una ética, basada en el teocentrismo de la Substancia, unificada con la esencia indivisible de la existencia. Quiso resolver en una batalla pírrica del entendimiento el no ser y el ser de Aristóteles. La esencia y la existencia se unifican en un

trascendental ético. Y esta idea de la esencia implicada en la existencia es el argumento ontológico de San Anselmo.

Hay una existencia finita y una esencia infinita. Si lo pequeño tiene potencia para existir, a Dios o lo infinito no le podemos negar la potencia para existir. Luego, Dios existe como infinito, como existe lo finito.

Podemos señalar en Espinosa la siguiente doctrina:

Una teoría de la esencia y la existencia.

Una teoría del conocimiento y la verdad.

Una teoría substancialista.

Una teoría esencialista.

Esta implicación de la esencia y la existencia es un postulado, porque la relación entre la esencia y la existencia es una antinomia, que nace de la antinomia de los trascendentales aristotélicos. La verdad de los postulados depende de la verificación de los teoremas de la realidad.

En Aristóteles, la potencia y el acto entrañan el ser y no ser o el ser y la existencia; Espinosa trata de unirlos en un postulado moral.

Ahora bien, la teoría de la Substancia es la teoría de la distinción y la comunidad, porque de otra forma nada habría de consistente para nuestro intelecto.

A la Substancia se le conoce por sus infinitos atributos. Pero la pluralidad exige el no ser. Y la Substancia para Espinosa no es divisible en partes.

¿Cómo conciliar la unidad de la Substancia con la pluralidad de modos y atributos? Espinosa concibe fácilmente a la Substancia, pero concibe difícilmente al mundo, conciliado con la unidad de la Substancia.

El no ser está siempre presente en el mundo y los modos y los atributos son necesarios para concebir dinámicamente a la Substancia.

La Substancia es para Espinosa la causa de sí misma, donde la esencia implica la existencia. Substancia es lo que es en sí y concebible por sí. O aquello que no necesita de otra cosa para ser concebido o formado.

Y el atributo es lo que el entendimiento percibe de una Substancia, como constitutivo de su esencia. Las afecciones de la Substancia es el modo o lo que existe en la Substancia que nos permite concebirla.

Dios es el Ser absolutamente infinito o una Substancia concebida por infinitos atributos, expresando una esencia eterna e infinita.

Espinosa asegura que la Substancia es anterior en naturaleza a sus afecciones o modos. Confirma la definición de la Substancia. Y si hay dos substancias con atributos diferentes, nada tienen de común entre ellas.

Son las dos proposiciones primeras y la tercera de la Ética. La proposición cuarta afirma: dos o varias cosas distintas se distinguen por la diversidad de atributos de las substancias respectivas o por la diversidad de modos.

En la proposición quinta, afirma que sólo hay una Substancia de la misma Naturaleza. No puede haber en la naturaleza dos o varias substancias de la misma naturaleza y atributos. Si existen varias, deben distinguirse por la diversidad de atributos o modos. No podrán existir varias substancias, sino solamente una, porque una Substancia, se dice en la Sexta proposición, no puede ser producida por otra substancia. Ya en la definición de Substancia se afirma que era aquello que no necesitaba de otra cosa para ser concebido o formado.

En la proposición séptima se afirma la implicación de la esencia y la existencia, asegurando que pertenece a la naturaleza de una Substancia el existir por sí misma. Y en la octava que toda Substancia es necesariamente infinita porque lo es desde la eternidad y no ha sido causada por otra, que implicaría las limitaciones temporales.

En la proposición nueve se dice que en proporción de la realidad o del ser que posee cada cosa, tiene mayor número de atributos o que existe una proporción de mayor o menor de todos los seres, en relación con el Ser único o Substancia única.

En la proposición diez se afirma la primacía de la Substancia al conocer a los atributos o su concepción esencialista; cada uno de los atributos de una misma Substancia, deben ser concebidos por sí mismos.

En la proposición once se afirma en el argumento ontológico de San Anselmo, al decir con énfasis teológico: Dios o una Substancia constituida por una infinidad de atributos, donde cada uno expresa una esencia eterna o infinita, existe necesariamente.

En la proposición doce se defiende Espinosa del no ser que le preocupa y afirma: de ningún atributo de una Substancia puede ser formado un concepto verdadero. No puede admitirse que una Substancia pueda ser dividida. Sólo de la Substancia puede formarse un concepto verdadero.

Por eso se afirma en la misma concepción en la proposición trece: una Substancia absolutamente infinita e indivisible.

Esta concepción teocéntrica está confirmada en la proposición catorce. Y aquí el énfasis afirmativo es concluyente: Ninguna Substancia fuera de Dios, puede ser dada ni concebida. Y en la proposición quince está sin duda pensando en Descartes con sus tres substancias y se afirma en la unidad de la Causa sui: todo lo que es en Dios está y nada puede ser sin Dios ni ser concebido.

En la proposición diez y seis, afirmada previamente la Substancia única, concede la existencia del mundo como formando su ser en el entendimiento divino y dice textualmente: de la necesidad de la naturaleza divina, podemos

colegir una infinidad de modos en una infinidad de cosas o todo lo que puede ser concebido por el entendimiento divino.

Espinosa acepta las pasiones y quiere regularlas por medio de la razón. Hay una dualidad de ser y no ser en el hombre, que le es esencial, y así se explican los trascendentales y el concepto de Dios en la Unidad absoluta. Pero hay un conflicto entre la naturaleza y Dios. ¿Hasta qué punto Dios explica la moral y hasta qué punto la moral explica a Dios?

Los trascendentales son ideas confusas de imágenes inabarcables. La contingencia de una explicación psicológica de la ignorancia y la existencia es concebida por la costumbre.

El problema de la distinción de la esencia y la existencia, se explica por Dios, que lo unifica. Los valores pueden dar explicación de Dios para el hombre y pueden ser antropológicos, sociológicos, etc.

Los valores permiten conocer a la divinidad o por los valores morales conocer a Dios.

Espinosa quiso encontrar la unidad de la realidad en Dios. Pero en vez de una realidad, hay pluralidad de realidades. Espinosa quiso forzar su interpretación de la filosofía, tratando de explicar la unidad y la pluralidad.

El historicismo fue su imagen opuesta, valorando la pluralidad que es ausencia de toda unidad.

El estudio del ser tradicional es para Espinosa la Ética. Hace inexistente el concepto del bien o del mal, del amor y el odio en la Substancia única.

La adecuación de la mente del hombre con la mente divina es la moral por excelencia, produciéndose una unidad subjetiva, y el conjunto de individuos forman una subjetividad absoluta. La Substancia los unifica en su esencia.

La renovada creación del tiempo. Ismael Diego Pérez

Los filósofos y los físicos se han preguntado, por el tiempo. Sin entender lo que sea el tiempo no podemos saber lo que sea el espacio o este habitáculo donde los seres del Universo moramos o habitamos.

Por de pronto y desde el punto de vista del hombre es una invención el tiempo.

La duración es diferente, porque duración es la razón del ser de las cosas que hoy son y mañana dejan de ser. Y el tiempo ha de ser duradero y eterno. Aristóteles aseguraba que la duración del ayer, del hoy y del mañana constituía el tiempo. Pero el tiempo para los griegos era un envejecimiento. Éramos y dejábamos de ser, como el mayor de los males. Por eso el pueblo griego se horrorizaba ante la muerte y pensó en hacer una humanidad terrena bella,

cantando a la juventud, que era el tiempo de los héroes y de los amantes. Sus templos o sus moradas procuraban que fueran bellos y descubrieron la proporción de los materiales y de las formas. Y Atenas y toda su proyección en el mundo mediterráneo pobló de templos, de dioses o de héroes que immortalizaban la belleza y la sabiduría.

Y el mármol blanco de las canteras del Peloponeso y de la Itálica facilitó los materiales dignos para las formas escultóricas o arquitectónicas.

Amaban la vida que vivían como el mejor de los mundos posibles y se horrorizaban ante lo desconocido, después de la muerte. Hay un pasaje de la *Odisea* en que la maga Circe, que había acogido a Ulises en su periplo mediterráneo, desalentada por la partida del navegante, le ofrece para retenerlo, el amor eterno y Ulises contesta: Más quiero ser esclavo en el mundo que príncipe en el reino de las sombras.

En un mundo que aceptaba la esclavitud y que la consideraba el mayor de los males, renunciar a ser príncipe para ser esclavo, denotaba el terror ante las sombras que esperaban al fallecido. El barquero Caronte, con sus barbas fluviales y su sonrisa enigmática, invitando a pasar la laguna, creaba toda clase de terrores en el alma de los desdichados que habían perdido su cuerpo.

El tiempo es una creación continua del hombre, porque la creación no puede ser por una sola vez, sino constante y esta creación es hija de la libertad y de la capacidad creadora que en todo hombre existe. Nadie puede aspirar a una creación única. Tal vez Don Quijote y Fausto sean eternas en su simbolismo, como creaciones permanentes de la conciencia humana. Pero nadie puede asegurar que sean así siempre, en otras dimensiones del tiempo que hoy no podemos sospechar.

Bergson aseguraba que el tiempo es una invención o no es nada en absoluto.

Creemos nuestro tiempo con la creación de nuestro universo, lo mismo que creamos nuestro mundo de belleza o imaginamos nuestros demonios que nos atormentan.

Espinosa no cree en el tiempo, porque el tiempo como creación del hombre, sería imaginar algo fuera de la naturaleza de Dios y eso no sería posible, toda creación está en la mente de Dios y reconocerlo está en la libertad de pensamiento para pensar en Dios y sólo en Dios. Otra libertad no es posible ni otra ciencia tampoco. Espinosa sólo reconoce como verdadera ciencia la ciencia de Dios o de la Naturaleza, como una Substancia única, de la que se proyectan todos los accidentes, aunque todos participen de la naturaleza divina, en proporciones o jerarquías diferentes, unificadas en la Suprema Unidad de Dios.

El tiempo es pues movimiento creativo, invención constante y renovada.

Los filósofos han reconocido varias clases de movimientos. El llamado desplazamiento, como una bola de billar o un ser humano que camina y se traslada de un lugar a otro. Es el movimiento estudiado especialmente por los físicos. Este movimiento es reversible. Podemos volver al lugar de donde hemos partido o a otro diferente.

El tiempo cíclico, como nuestro organismo o los sistemas estelares, en que los ciclos se repiten, como el sistole y diástole de nuestro corazón o los movimientos de la luna, dando vueltas a la tierra. O los procesos históricos que a juicio de algunos filósofos es un curso y recurso de acontecimientos.

Por eso afirmaba Nietzsche que otra vez volverán la maldad, la perfidia, la envidia de las generaciones y otra vez nacerán los hombres que enseñarán todos los idealismos, que sólo el "superhombre" podrá superar. Pobre Federico: alumbró monstruos y nos legó el tartamudismo y la obscuridad de los profetas históricos. Y dejó escrito aquel pensamiento: entre el hombre y el superhombre sólo existe una cuerda, pero una cuerda tendida sobre el abismo.

Y el movimiento de evolución que se manifiesta en todos los seres. Esta idea está en Bergson y en Thailhard de Chardin. Es la génesis, el crecimiento y la maduración de los organismos biológicos. Este movimiento como el desplazamiento es irreversible. Nunca los seres que fueron, vuelven a ser. Serán otros semejantes, pero nunca los mismos. Es el movimiento por excelencia y que para Chardin permite alumbrar nuevas especies superiores hasta llegar a la hominización o la aparición de la conciencia del hombre. La Ultra física alumbrará una especie del hombre superior al actual que conocemos y que habrá madurado su conciencia en nuevas dimensiones de la inteligencia y del espíritu.

Observemos la naturaleza. Crecen los vegetales, la vida engendra especies nuevas, como el equino y los actuales caballos, el mundo se renueva con nuevos progresos de la ciencia y de la sociología. Vemos niños que nacen y pasan por todas las etapas de su desarrollo, desde la infancia a la vejez; es una génesis viviente que todo lo modifica y perfecciona.

El descubrimiento de la evolución lo acabamos de descubrir. Para los griegos era el mundo algo terminado definitivamente y para nosotros, como muestra Chardin y la biología, es una cosmogénesis hasta llegar a la antropogénesis.

Para los judíos es la evolución un ascenso y una conquista, en que todo se crea por el esfuerzo de maduración de la inteligencia del hombre y el impulso ascensional de todos los seres vivos. La evolución bíblica muestra la fecundidad y la bondad de Dios, como la multiplicidad de los seres y la historia es una maduración que va desde el génesis al hombre que ha descubierto la energía de la materia y su núcleo capaz de desintegración o de aplicación al progreso.

En el Nuevo Testamento alcanza esta conciencia del tiempo creador y se dice: "Cumplido es el tiempo y el reino de Dios está cercano". "El tiempo es una maduración, como 'el tiempo de la siega' o el 'tiempo de los frutos'. La encarnación es un nacimiento, que llega a Israel y desde Israel a todo el mundo y no podría realizarse en cualquier tiempo.

Y así se dice: "Aprended la parábola de la higuera; cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estío se acerca".

Por eso los griegos buscaban la esencia de la substancia y aseguraban que es lo que responde acerca de *lo que es una cosa que es*. Lo que posee el individuo como causa de su ser y de su independencia, su constitución subsistencial.

Llegar a conocer lo que sea el ser es comprender la fuente de donde provienen todas sus manifestaciones y para ellas comprender el tiempo y la duración.

Bergson aseguraba que la realidad se nos aparece como un manantial no interrumpido de novedades o de creaciones sucesivas.